

### III

Volvamos, pues, a Metz, adonde nuevamente habían destinado al regimiento de mi padre.

## C O N F E S I O N E S

---

Ya he descrito algo de mi Metz infantil. Lo que he referido no tiene nada de chocante; es como el diario de la existencia, del crecimiento más bien, de un niño que se hace grande. El "niño" me llamaban en casa y siguieron llamándome mucho tiempo, hasta cuando ya me había yo convertido en un guapo mozo al que exasperaba entonces aquella palabra de "niño", tan dulce hoy a mis viejos oídos huérfanos, que sólo la oyen ya a veces en sueños, sueños entrecortados por tristes, muy tristes sobresaltos.

Aquel chico, pues, que era yo entonces y que no crecía demasiado, ni siquiera bastante, en punto a juicio, despertábase, sin embargo, a las cosas que le circundaban. Los ojos, sobre todo, fueron en mí precoces; me fijaba en todo, no se me escapaba ningún aspecto de las cosas, andaba siempre a la caza de formas, colores, sombras. La luz me fascinaba y por más que la oscuridad me infundiese miedo, atraíame la noche, impelíame a ella la curiosidad, y en la noche buscaba un no sé qué blanco, gris, matices tal vez. Sin duda, a esas disposiciones debí, ¡si deber hay en ello!, el tener un gusto sumamente precoz y real por pintarrajear con tinta y lápiz y desleír laca carmínea, azul de Prusia y gomaguta en todos los pedazos de papel que había a mano, que es lo que propiamente suele bautizarse con el nombre de vocación por la pin-

tura. Dibujaba unos hombrecillos epilépticos, que luego iluminaba con ferocidad; eran mis hombrecitos principalmente soldados, cuya anatomía consistía en un número 11 rematado por un 8, y también dibujada unas señoras con muchos volantes figurados con incoherentes garabatos, dando a entender todo que no tenía más objeto que dejarse ver allí, con gran violencia. Todo en dos trazos y tres rúbricas, de pluma, lápiz o pincel. El dedo solía encargarse con la mayor frecuencia de borrar brutalmente los "dibujos" de que yo no quedaba contento, cuando no era la lengua la que asumía tal cometido. De esos "ensayos" me ha quedado la manía de garrapatear los márgenes de mis manuscritos y el cuerpo de mis cartas íntimas con ilustraciones informes que viles aduladores fingen encontrar graciosas. ¿Quién sabe? Quizá hubiera yo podido ser un gran pintor en vez de este poeta que soy. ¡El instituto en lugar del hospital, un hotelito en los Campos Elíseos y sus alrededores, y no la habitación "en compañía" y sus consecuencias, y una condecoración en la solapa izquierda en vez de ese montón de cruces que llevó a las espaldas!

¡Véase lo que es faltar uno a su verdadera vocación!

Porque vocación por la poesía, no creo que tuviese yo ni pizca en aquel tiempo. ¡Era yo

el más práctico de los chicos de mi talla: glotón, aunque no demasiado; gandul, en un justo medio; bastante travieso y que dormía a pierna suelta cuando no había correteado ni charlado con exceso durante el día! Jamás en mi vida fui melancólico. No solía ser ni taciturno, ni tampoco muy expansivo "in illo tempore". En una palabra: era lo que se llama un perfecto burguesito, un "equilibrado" si los hay. ¡Como cambiamos!

¿Será preciso, sin embargo colocar en la categoría de los síntomas que un psicólogo podría descubrir como específicos del poeta, la tendencia amatoria que ya entonces mostraba yo? Creo que no, pues el poeta, hasta en el sentido más trivial de la palabra, puede muy bien no mostrar esa tendencia. No tiene su lira al tuntún siete cuerdas en su arco. Así que, sin querer ni remotamente sacar ninguna conclusión de la suerte de idilio muy auténtico que sigue, voy sencillamente, por solazarme con el recuerdo y procurar interesarlos, a contar con todos sus pormenores el tal idilio. No es ésta la única "historia de amor" que podrían contener estas *Confesiones* —ya que han empenachado mis sencillas "notas" con tan terrible super título—, donde, para confusión mía, han de leer otras y otras muchas. ¡Esta, por lo menos, tiene el mérito de ser inocente!

Había en Metz, y seguirá habiendo probablemente, un hermosísimo paseo, llamado "La Explanada", que daba en forma de terraza sobre el Mosela, que corre por allí ancho y puro al pie de fértiles colinas plantadas de vides y de amenísimo aspecto. A la derecha de aquel paisaje, retrocediendo hacia el pueblo, perfila la Catedral, a una buena distancia panorámica, su arquitectura calada hasta lo infinito. Al caer la noche, bandadas de cuervos van graznando, ¿será preciso decir que alegremente?, a cobijarse al abrigo de las incontables torrecillas que se yerguen hacia el cielo violeta. En el centro del paseo alzábase, y aun seguirá alzándose, un elegante tablado para los conciertos militares que se celebraban los jueves por la tarde y los domingos al oscurecer. El "todo Metz", paseante u ocioso, dábase cita allí esos días, a las horas indicadas. Trajes vistosos, grandes y pequeños saludos, conversaciones, floreos probablemente, mucho revuelo de abanicos y mucho enarbolar y emplear los imperitinentes, cuando no un monóculo cuadrado o un lente de nácar o concha, ya mencionado; ese lente que ha intentado resucitar en estos últimos tiempos de entre tantas modas del pasado; todas esas cosas interesaban lo indecible mi atención infantil y a veces maliciosa más bien por dentro, aunque en más de una ocasión se

me escapasen exclamaciones de "niño terrible" sobre los guantes algo pasados de la señora de Tal o sobre el nankín demasiado corto o asaz ceñido de los pantalones del señor Fulano, mientras que mi pueril melomanía embriagábase con los aires de danza de Pilodo, o los solos de clarinete, o el mosaico sobre la última ópera cómica de Auber o Brisar...

Resultó que entre los muchos niños que llevaban allí consigo las personas casadas de la buena sociedad, encontrábase la más joven de las niñas del señor presidente del Tribunal de primera instancia, si no era la del señor procurador de la República, que se llamaba L..., y su nena Matilde. Tendría unos ocho años, y yo estaba entrado en los siete. No era bonita, según lo que la gente llama bonito en las niñas de esa edad. Rubia, ardiente, tirando a leonada: su pelo, recogido en papillotes, armonizaba muy bien con su cara muy viva, con ojos de oro oscuro entre la tez salpicada de pecas, como otras tantas —tal se me antojaba y así lo presentía, o, más bien, lo sentía —chispas que iban y venían por aquel rostro de fuego verdaderamente, con los labios gruesos, de bondad y salud, y al echar el paso, un salto, un incesante vuelo; todo lo cual me había sobrecogido y llegado al corazón y aun diría a los sentidos ya. Al punto nos hicimos amigos. ¿Qué podíamos decirnos? No lo



sé; más lo cierto es que estábamos siempre de palique, cuando no jugábamos, que solía ser con frecuencia. Cuando uno de nosotros no había llegado todavía —porque yo le gustaba, debo confesarlo, tanto, a fe mía, como ella me gustaba a mí— sobrecogíannos una espera, una impaciencia, ¡y qué alegría, qué correr el uno hacia el otro, qué buenos y recios y sonoros y reiterados besos en las mejillas! A veces nos hacíamos reproches por la tardanza, armábamos grescas en miniatura, y sentíamos quizás asomos de celos cuando un chico o chica, entrometido en nuestros juegos, hallaba demasiado buena acogida por parte de uno de nosotros. Nuestra amistad, tan demostrativa, llamó la atención, y las personas mayores interesábanse en ella, divirtiéndose mucho, entre otras personas, a los oficiales que formaban buena parte del público de aquellos conciertos. ¡Pablo y Virginia!, decían los comandantes y los capitanes que se habían conservado clásicos de lo inmediatamente anterior, mientras que los tenientes y subtenientes, más letrados y de instinto más vivo, insinuaban sonriendo: ¡Dafnis y Cloe! El mismo coronel de mi padre, que más adelante había de ser el mariscal Niel, era el primero en divertirse con aquellos infantiles ardores, y nuestros padres, no viendo en ellos sino lo que tenían de ingenuidad y candor entrañables, consentían de buen

## C O N F E S I O N E S

---

grado en tan simpáticas relaciones.

...Señora, de quien hace tanto tiempo nada sé, incluso su nombre actual, si alguna vez pasa usted la vista por estas líneas, y atendido que yo estoy seguro de que mi nombre no le es más extraño que a mí el de su padre el magistrado, sonreirá complacida, ¿no es verdad?, como sonreían en aquella época los testigos de nuestros puros amores infantiles y como suelo sonreírme yo mismo de esos recuerdos tan lozanos, aromados todavía de inocencia y abiertos con ímpetu juvenil en la memoria, maravillada con exquisito encanto del poeta, que quisiera, ¡ay!, no tener que contar sino cosas así, dulces y sinceras.